

La Capilla sIXtina

LA CRISIS

Me compré el libro de Bardavio a las cinco en punto de la tarde, y a las diez de la noche ya estaba leído. Hay que ver el poder de atracción que tienen los políticos españoles cuando te los retrata un fotógrafo próximo. Ha habido siempre tanta distancia entre el poder y todos los demás, que para nosotros un ministro es un ser interesantemente misterioso.

Dime el profundo misterio que a nadie confiesas.

... decía una canción de Machín de moda en los años cuarenta. Bardavio revela algunos misterios ministeriales de los protagonistas de las idas y venidas políticas que siguieron al asesinato del presidente Carrero. El autor es un prodigioso experto en salvar maromas, y las perlas informativas las disfraza de pistones en una sopa aparentemente anodina, falta de aderezo. Pero el lector, de pronto, nota que muerde algo de consistencia distinta. Mete los dedos en la boca y... ¿qué sale?: una perla. Una perla auténtica.

Ahí está como muestra ese didlogo entre Fernández-Miranda y Fernández de la Mora sobre corrección de estilo, o lo desahogadamente que se movía el señor Sánchez Covisa y sus guerrilleros ante las mismísimas barbas del poder, o la operación de cirugía estético-informativa que López Rodó realizó con Arias Navarro de cara al exterior, o las gestas de don Julio Rodríguez cuando le lanzó una indirecta de derechas al mismísimo cardinal primado, o ciertas valoraciones sobre la rigidez de corsé autovalorativo con que se mueve don Gonzalo Fernández de la Mora, o el marqués de Villaverde riñéndole a don Fernando Lladán, por entonces ministro de Información y Turismo.

Cualquier día de éstos telefoneo a Bardavio, y, de colega a colega, le digo: "Vamos, Joaquín, ahora cuéntame las dos mil páginas que podías haber escrito y no has escrito. Complétame el collar de perlas, no seas roñoso". Por ejemplo, le pediría que me diera algunos detalles más sobre la conversación sostenida por el teniente general Iniesta Cano y el almirante Pita da Veiga. De todas maneras, el libro tiene unas líneas deliciosas destinadas a contarnos el error protocolario a que dio lugar el cardenal Tarancón cuando empezó a dar la mano a todo el mundo durante las honras fúnebres del almirante Carrero. Es una escena del mejor René Clair.

Es un libro escrito con pies y manos de plomo. Parece como si Bardavio marcara mucho los silencios entre frase y frase. Como si las pensara mucho o como si quisiera que el lector tuviera mucho tiempo para pensarlas e imaginar lo que podía haber habido en tanto punto y aparte. Me ha dejado entusiasmado este nuevo tipo de lecturas. Me he comprado el libro de Borrás, publicado por Planeta, también sobre el atentado a Carrero. Aún no he entrado demasiado en él y no puedo adelantar un juicio. Espero casi con fiebre la obra del ex ministro don Julio Rodríguez. Creo que en cuanto la vea publicada me va a dar algo.

Y no hemos hecho más que empezar. En cuanto esta herida política cicatrice, va a dar lugar a mucha más literatura. Si gracias a Bardavio hemos conseguido conocer nueve o diez de los dos mil aspectos fundamentales de aquella crisis, y gracias a Borrás y Rodríguez lleguemos a conocer quince o veinte más, podemos adelantar, casi sin margen de error, que antes del año dos mil sabremos un cincuenta por ciento de toda la verdad. Verdadero record en el techo español al uso. ■

SIXTO CAMARA

PATRICIA HEARST

estas tesis —Patricia, obligada a hacer su declaración; Patricia, asesinada— es la que ha movido al Ejército Simbiótico a la segunda operación: el asalto al Banco. El asalto al Banco de San Francisco por un grupo simbiótico en el que figuraba Patricia Hearst, ahora Tania, parecía preparado para la propaganda. El Banco Hibernia tiene cámaras automáticas para fotografiar a los posibles ladrones y asaltantes: se sabe, porque han servido en otras ocasiones y no están ocultas. Los simbióticos podían haber disparado fácilmente contra ellas desde el momento en que entraron en el Banco, o en cualquier momento posterior: destrozándolas, borran las identificaciones. No sólo no lo hicieron así, sino que parecen pasearse deliberadamente por delante de los objetivos. De una manera especial, Patricia. El grupo estaba compuesto por cuatro mujeres y cinco hombres: cuatro se quedaron en el exterior, vigilando la entrada, y los otros cinco robaron poco más de diez mil dólares. Según los testigos, todos se dirigían insistentemente a una de las muchachas por el nombre de Tania: fue el único nombre propio que se pronunció en toda la operación.

Los compañeros

Sin embargo, otras personas han sido reconocidas en la película por los expertos de la Policía —además, desde luego, de Patricia Hearst, sin ningún lugar a dudas—. Se trata de Donald Defreeze, «cerebro» de la organización, rebautizado con el nombre de Cinque (el de un jefe negro africano), escapado hace algún tiempo de presidio; Nancy Ling Perry, de veintisiete años, autora de un folleto en el que se explican los objetivos políticos y sociales del Ejército Simbiótico de Liberación; Patricia Michell Soltysik, de veinticuatro años, llamada Mizmoon, conocida como uno de los dirigentes de la organización, y Camila Cristina Hall, de veintinueve años, amiga íntima de Mizmoon, antigua asistente social. Sobre estas identificaciones, el fiscal del distrito ha lanzado cuatro órdenes de detención por asalto a mano armada, y una quinta orden de detención por testimonio importante. Es la de Patricia Hearst.

¿Por qué esta distinción? Porque se trata, una vez más, de separar a Patricia la heredera, a Patricia de la buena sociedad, a Patricia de la dinastía Hearst, de esta hez de la sociedad.

No parece fácil en esta ocasión. Sin embargo, se están analizando las fotografías y las películas con la intención de hallar algo o algún «mensaje». ¿No sucede en ellas que la muchacha

está siempre apuntada por el arma de alguno de sus supuestos compañeros? ¿O es un efecto óptico? ¿Se puede determinar en estos documentos la línea de tiro de cada una de las armas? ¿Han observado los testigos algún movimiento especial, sospechoso, en la muchacha que llamaban Tania? Este es el sentido de las investigaciones.

Más las opiniones, naturalmente. Policías, agentes especiales y fiscales, tan propensos siempre a encontrar indicios de culpabilidad, los buscan de inocencia en el caso de Tania-Patricia. La experiencia, que les valló para asegurar que la chica debía estar asesinada, puesto que nunca un secuestrador deja viva a su víctima, les sirve para asegurar ahora que no puede ser que colabore con sus secuestradores: «Es la primera vez en los anales de la historia legal que la víctima de un secuestro ha sido vista durante el atraco a un Banco», dice el fiscal de los Estados Unidos James L. Browning. El agente del FBI Charles Bates es circunspecto: «No descartamos la posibilidad de que la muchacha participase por su propia voluntad. Por otra parte, hay evidencias de que no fue así». El fiscal insiste: «La falta de pruebas concluyentes nos permite suponer que miss Hearst ha actuado bajo la amenaza o, al menos, bajo la coacción». No se descarta tampoco la posibilidad de que la muchacha no fuese realmente Patricia Hearst, sino otra disfrazada, maquiada, arreglada como si fuese ella. Y en ese caso, la tranquilidad volvería: Patricia habría sido asesinada.

¿Y si no fuese así? ¿Y si llegase a haber pruebas concluyentes irrefutables de la conversión al terrorismo y al simbiotismo de Patricia Hearst? Se hablaría entonces de los métodos de persuasión: drogas, sistemas chinos, reflejos condicionados. O la más novelesca tesis de que Patricia actúa así para salvar la vida de su novio, amenazada por los secuestradores...

La naturaleza imita al arte —decía Wilde—, y la realidad imita la novela. Lo novelesco. Personajes arrancados de novelas de aventuras románticas son los simbioteses; personaje misterioso es Patricia-Tania; personajes novelescos, representantes de una gran novela, son los policías, los fiscales, los periodistas que especulan sobre este tema.

Y sobre la trama real, más las tramas imaginarias, queda visible este esqueleto de las operaciones de propaganda y contrapropaganda, tan típicas de nuestro tiempo. Terroristas y aterrados se funden en un solo personaje que atenaza las formas de vida de esta época en muchos países. ■ P. B.